COMECHIFFONES

CHIACHIO & GIANNONE
por Leandro Martínez Depietri

No apartes la cabeza; nada de orgullo, ni falsa delicadeza. Este vil trapo es la materia prima que se convertirá en el ornamento de nuestras bibliotecas y en el precioso tesoro del espíritu humano.
Louis-Sébastien Mercier

Dos barbudos de pelo cano recolectan trapos en una metrópolis cambiante.

La imagen no proviene de los miles y miles de traperos -*chiffonniers* en su lengua madre- que pateaban las calles de París en los siglos XVIII y XIX en busca de sobrantes de tela. Sin embargo, hay un aire de familia con nuestros artistas. Los traperos hacían de los retazos (*chiffons*) pulpa de papel para libros de ilustres pensadores y poetas malditos. Chiachio & Giannone hacen de estos fragmentos un soporte para sus fantasías polimorfas.

Buenos Aires ya no es la París de Sudamérica, nunca lo fue. No es la capital de un imperio colonial en expansión, sino la ciudad de la furia en un mundo decadente. Sin embargo, su colección de trapos cuenta historias peregrinas y cosmopolitas: frazadas de casa de verano, un pañuelo Hermès de otra época, falsos gobelinos con aristócratas de pelucones y tacos altos, un tapiz de *toile de jouy* traficado de Estados Unidos por la hija de una amiga, varias camisas de puto, de loca bárbara, de padre que ya no está y otros tantos chismes.

La acumulación de retazos es efecto de un soplo caprichoso de aquel viento que llamamos eterno retorno, el que ofrece siempre la posibilidad de nuevas composiciones. Chiachio & Giannone son depositados por ese mismo vendaval como una encarnación sudaca y trasnochada de los *chiffonniers* decimonónicos. Con sus barbas blancas que repiten incansablemente, tienen mucho del aire sabio y trasgresor de estas figuras olvidadas. Estos personajes vivían a la sombra de la Ciudad de las Luces; eran cartoneros del resto suave de la industrialización moderna y entraron así por la puerta grande de la cultura europea. Fueron narrados por Mercier

y Victor Hugo, pintados por Manet y fotografiados por Atget, quienes no se dejaron deslumbrar por la retórica del progreso y dirigieron su mirada a los mundos callejeres. El gran crítico de la linealidad de la historia, Walter Benjamin, terminó por convertirlos en modelos de historiografía al hacer del historiador materialista un recolector de residuos mesiánico.[1] Benjamin, en el *Libro de los Pasajes*, esboza una historia que no es la de los grandes eventos de los vencedores, que no puede plasmarse en tapices monumentales como los que diseñó Rubens sobre el emperador Constantino. El cronista para redimir el tiempo, debe entramar los relatos menores, los pequeños acontecimientos: coser los descartes unos a otros, *chiffon* por *chiffon*, y sin moldes previos. De la costura de los sueños desechados de la sociedad de consumo, nacen imágenes dialécticas que iluminan las luchas del presente.

Bajo las agujas de Chiachio & Giannone, los hilos, tramas y motivos de su muestrario textil de aspiraciones clasemedieras cuentan justamente relatos inesperados. En los tapices ensamblados de la exposición, como es habitual en su obra, la pareja se retrata a sí misma, una y otra vez, en escenas simétricas, con poses idénticas o enfrentadas, calcadas, espejadas o ligeramente alteradas. A sus pies, entre sus brazos, en la palma de sus manos, descansa su prole: tres perros salchicha. Dice Elizabeth Freeman que la familia moderna es un ritmo, un problema de sincronización entre cuerpos que van enlazando su tiempo.[2] Si estas filiaciones normativas se construyen mediante la exposición ritual de fotos y videos caseros con gestos, poses y palabras pautadas, las relaciones *queer* de parentesco suponen un traspiés en este libreto. Los lazos queer se construyen mediante lo vicario, mediante un *drag* que tiene más que ver con la actualización de la energía no detonada de revoluciones anteriores que con un cruce entre las convenciones de género; personificar a Cher en el cabaret es construir aires de familia con ella. Cuando la sangre no enlaza, saltan las agujas del reloj biológico y se abren las compuertas del tiempo en todas sus direcciones. Benjamin afirmaba que somos esperados en esta tierra. ¿Pero quién nos espera? ¿Las generaciones, esa idea de familia burguesa? ¿Qué acuerdos existen entre generaciones de una tierra colonizada?

Con estas preguntas en la boca, Chiachio & Giannone se disponen a reparar el mundo como quien

1. Walter Benjamin. 2005. El libro de los pasajes. Buenos Aires: Akal.

2. Elizabeth Freeman. 2010. Time Binds : Queer Temporalities, Queer Histories. Durham, North Carolina: Duke University Press. https://doi.org/10.1515/9780822393184.

sirve una taza de té caliente en invierno. Esté dúo conoce bien las ficciones del origen; saben que todo comienzo y toda secuencia tienen siempre mucho de ficción, del trabajo arduo de la invención, y poco supuesta naturalidad de la lógica con sus secuencias. Cada retrato es siempre una nueva genealogía en la que se establecen vínculos como horizontes. Como Chiachio & Giannone Inc., han dado la vuelta al mundo en ochenta telas y se han arropado sin pudor en las prendas de lo que está codificado como exótico para Occidente. Se vistieron de líderes tribales, chamanes de la selva, dioses perdidos, monos picarones y comunistas chinos, imaginando siempre una nueva trayectoria para su amor simbiótico. En cada imagen -en cada detenerse y apropiarse de las fantasías modernas sobre otras formas de vida- ellos incorporaron maneras de construirse y amarse en la diferencia, escapándose del mandato burgués a través de los linajes imaginativos del arte.

Pero acá, en esta muestra, el mito empieza en casa de manera explícita. Primero nos confrontan con un despliegue bordado en pañuelos con todos los nombres que alguna vez recibieron como dúo; son, entre otros, "los primeros artistas post-gay", "la familia queer primaria" y "los madurones". Está claro, en todos ellos, que hay algo que no encaja con las normas; sea porque su trabajo supone un punto de partida, o un quiebre o porque el número de su edad no se corresponde con las expectativas sobre la gente con esa experiencia de vida. Traen tiempos desviados, que se siguen bifurcando. Estas clasificaciones hablan no de identidades definidas en una esencia, sino de un modo de ser que se expande y transforma con cada encuentro. Dan cuenta de las más diversas voces y de los juegos compartidos, desde una buscada agudeza curatorial hasta la picardía transgresora de tortas y maricas de lengua afilada. Todo tiene el encanto juguetón de una sonrisa sugerente, lejos de las carcajadas burlonas de una vanguardia que, por definición, se considera más viva que su público. Sus ademanes de tía para el humor son un detalle no menor porque anidan allí potentes intervenciones críticas que, en tiempos de redes sociales, atentan contra la verdad tiránica del yo individuo. Exponen su dualidad como motor para multiplicar la diferencia con otros a través de su obsesión por las telas.

Entramos luego al gran salón de Benzacar. Las paredes están cubiertas por textiles que imitan un cuadro de Yente en múltiples colores, impuestos sobre los exteriores opacos y ocres de falsos gobelinos a los que desbordan. Se vuelven ventanas, vitrales de una catedral del arcoiris en la que se protege y celebra un orden diferente al

del viejo mundo que se desvanece. En el centro del espacio, entre los patios íntimos, se alzan los grandes tapices de la pareja en su espacio doméstico. Los barbudos sentados se rodean de columnas *alla Brancusi*, que representan vasijas apiladas con motivos comechingones, de La Aguada y de otras culturas originarias; de ellas emergen plantas reconocibles, en escalas extrañas y llevadas a un lenguaje geometrizante que resulta cercano aunque difícil de precisar. La homenajeada es una bisabuela comechingona, una extraña referencia en la genealogía de una clase que repite hasta el hartazgo que es descendiente exclusiva de los barcos. Poco hay aquí de los navegantes de otras playas, como nos llama José Tcherkaski entre las melodías salvajes del free jazz de *Bronca Buenos Aires*.

No podríamos decir, sin embargo, que todo es novedad. "En cada época hay que esforzarse por arrancar de nuevo la tradición al conformismo que pretende avasallarla."[3] La primera mitad del siglo XX, a partir del Centenario, fue testigo de estéticas indianistas en el arte argentino que tomaron al universo indígena como manifestación telúrica y símbolo último de la idiosincrasia nacional. En línea con el pensamiento de Ricardo Rojas en su libro manifiesto *Eurindia*, decenas de artistas se dedicaron a buscar las características singulares de la fusión entre Europa y América en el entramado argentino, romantizando la precariedad material de las poblaciones retratadas e ignorando habitualmente la colonialidad interna y sus efectos en los ecosistemas que retrataban: las jerarquías sociales ligadas al racismo y la transformación del territorio al servicio de la agricultura de mercado. En las pinturas de retrato, la presencia de cerámicas y textiles de distintas culturas fue un rasgo habitual que funcionaba como identificador geográfico, racial y étnico de la figura humana. El caso más emblemático es, tal vez, *La Chola* de Alfredo Guido (1924) en la que el calificativo étnico del título define a la figura femenina y blanca solo a través del sombrero, las telas, las cesta de fruta y la vasija que la rodean. La convierten en un ideal distante. Para definir una identidad nacional, estos artistas salieron en busca de otro al que veían como símbolo inmutable, es decir, por fuera del tiempo histórico.

Chiachio & Giannone, por el contrario, se retratan siempre a sí mismos. Están vestidos con su estilo contemporáneo e inconfundible, con camisas de estampados de langosta, de cuello mao, con anteojos de diseño y mantas escocesas para cubrirse las piernas en el sillón. Son, a mucha honra, dos putos cancheros y dos señoras.

3. Benjamin. 2005. "Sobre el concepto de historia. Tesis VI." en El libro de los pasajes.

Podríamos pensarlos como dos coleccionistas al estilo de las pinturas de David Hockney, artista del que han tomado y transformado varios elementos. Sin embargo, no existe un despliegue de riqueza en sus retratos; en los atisbos del hogar, no hay signos de lujo. El placer y el gusto se encuentran en las flores y florcitas, las plantas, los animales, la ropa de segunda mano y las vasijas. Forman una suerte de herencia elegida, ensamblada, que nada tiene de paisaje aspiracional. Su mitología doméstica tampoco apunta a la recuperación de leyendas o historias ancestrales como en los tiempos euríndicos en el arte. Las vasijas bordadas yacen a su lado con la quietud tranquila de una cómoda heredada de los abuelos o de la platería del casamiento de los padres. Están ahí, donde tienen que estar. Responden a la curiosidad y a la búsqueda por esa bisabuela comechingona cuyo legajo no está en el Hotel de los Inmigrantes. La bisabuela no es la princesa inca tan mentada por las oligarquías sudamericanas cuando quieren dar gala de su vínculo centenario con la tierra, es decir, con la propiedad privada; tampoco es el signo folklórico de una identidad nacional abstracta. Es una referencia más en el entramado afectivo de este hogar maricón de clase media argentina.

Su presencia es imaginada, está bordada sobre restos materiales que la excluyen del relato. El resultado es una puesta en tensión estimulante donde chocan formas y patrones, abstracciones, figuraciones y todo lo que se encuentra en el medio. El amor de Chiachio & Giannone por Anni Albers no permite que nos olvidemos de los libros sobre culturas indígenas de América que poblaban la biblioteca de la Bauhaus; su cita a Yente, entramada con la abstracción universalista europea, pide que recordemos las investigaciones de César Paternosto sobre la abstracción como paradigma amerindio y la influencia subterránea de estas tradiciones en los tráficos estéticos entre ambos lados del Atlántico.[4] Este es el efecto del trabajo por retazos, la composición de los fragmentos del mundo, llenos de la memoria de los cuerpos y de posibilidades de invención. El ensamble va de lo íntimo e inmediato a la producción de un nuevo espacio de lo común que podemos habitar.

En este sentido, la búsqueda minoritaria de Chiachio & Giannone es paralela a los procesos de transformación identitaria en el continente, que cuestionan las ficciones de Estado. En el S. XIX., el Reino Unido y Estados Unidos inventaron la Civilización Occidental para apropiarse de la an-

4. Mary Frame. 2001. Abstraction : The Amerindian Paradigm. Bruxelles: Société des Expositions du Palais des Beaux Arts de Bruxelles.

tigua Grecia, el Imperio Romano y el Renacimiento, usufructuar su prestigio cultural y construir un relato histórico lineal como justificación de sus ambiciones imperialistas. Luego de su revolución, México -de la mano de José Vasconcelos- inventó la raza cósmica como mito de su mestizaje. Hoy, los relatos bajo los que vivimos se transforman hogar por hogar; en Bolivia, entre 2000 y 2006, bajó del 26 al 11% la gente que se dice blanca y subió de 10 a 19% la población que se enuncia indígena.[5] En el Río de la Plata, la cantora mapuche Aimé Painé afirmaba que a través de la palabra devolvía los retazos de la memoria, "eso que siempre nos han querido robar" mientras que Mónica Michelena, líder charrúa en Uruguay, describe al proceso de reemergencia de su comunidad como una forma de recrear colectivamente, entre mujeres, el gran *quillapí* (manta charrúa) de la memoria.[6]

No es casualidad que esta pareja *queer* dedicada al textil se anime a plegar el tiempo de la clase media, de los vencidos que se creen vencedores, y a seguir bordando lazos familiares a través del tiempo y del espacio más allá de los relatos establecidos. Parten de la intimidad del hogar y de la potencia de su encuentro, ofreciendo una materialización de la historiografía *queer* de Freeman:

> *Las disidencias sexuales, es justo decirlo, fabricaron, confabularon y contaron fábulas de manera fabulosa, mediante estéticas flacas y gordas, y lo hicieron enfrentando un gran dolor. Este es el legado que deseo honrar aquí, el de las disidencias como lectoras que están lo suficientemente cerca unas de otras y de la cultura dominante como para recolectar, literalmente, los retazos de la vida y sus deshechos y enlazarlos nuevamente en tramas ficticias pero hermosas.*[7]

Chiachio & Giannone vuelven a componer el mundo con esta muestra en la que celebran, además, 20 años de estar juntos. Son dos décadas de un amor que desborda su trama.

5. Hervé Do Alto y Pablo Stefanoni. 2008. Nous serons des millions. Evo Morales et la gauche au pouvoir en Bolivie, Raisons d'agir, París.

6. Mónica Michelena. "Mujeres Charrúa Rearmando El Gran Quillapí De La Memoria En Uruguay." Tesis de maestría, Centro De Investigaciones Y Estudios Superiores En Antropología Social, 2011

7. Traducido del inglés al español por el autor. Freeman. 2010. Time Binds. pp. xxi-xxii.